

Maleabilidad

Le di la bendición a Hugo y le di un beso en la cabeza, “con cuidado”, recuerdo haberle dicho, “te amo”, también le dije. Al menos se lo dije.

Un “adiós madre” que nunca pensé que sería para siempre, pero siempre me despedía como si fuese a ser la última vez, porque en Moncayo cualquier noche puede ser la última. Al menos se fue sabiéndose amado.

Años atrás comenzó una oleada de desapariciones de personas, misteriosamente masiva. Comenzó por unos 3 al mes, luego era a la semana. Ahora son 12 personas diarias quienes desaparecen sin dejar rastro alguno, así sin más. Algunos se lo adjudican al crimen organizado, otros más a un poder sobrenatural, unos más aseguran que quienes se han ido es porque encontraron un paraíso secreto del que no pueden contar nada a nadie de los que nos quedemos en este mundo. De cualquier manera, quien desaparece, casi nunca vuelve.

Cuando comenzaron las desapariciones en Moncayo el único mecanismo que pudo proveer el gobierno fue implantar una especie de chips y una matrícula a cada habitante, pues cada vez son más numerosos, y es más fácil identificarlos de esa manera. No fue de gran ayuda, pues el chip no impide las desapariciones: siguen en aumento. Sin embargo, el chip logra detectar el último lugar donde había estado la persona, justo antes de desaparecer; en ese momento, el punto en el mapa junto con el resto de las matrículas simplemente se apaga, deja de existir, al igual que las personas.

Pero no. Yo no me iba a limitar a reducir a Hugo a una estadística, iba a pelear; estaba decidida a encontrarlo a costa de todo, sin importar nada. Decidí eso la noche que Hugo no volvió, y que yo sabía que ya no volvería, al menos no por su cuenta.

Corrí directo a la UDERM, ignorando el embrollo de personas que querían hacerse camino, entre llantos y desesperación, queriendo encontrar al ser amado. Me escabullí entre ellos con determinación, motivada por la frustración, apartándolos de mi camino. Tecleé mi matrícula rápidamente para poder ingresar. “Rápido, por favor, o será muy tarde” rezaba entre lágrimas con un nudo en la boca del estómago que amenazaba con salir por la garganta.

De pronto me vi rodeada de oficinas y personas caminando rápido de un extremo a otro, una chica insípida me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

-Bienvenida a la Unidad de Desaparecidos Recientes de Moncayo ¿Quién es el desaparecido?
– dijo con un tono monótono, como si estuviera hablando de un colchón defectuoso en una fábrica y no de mi hijo desaparecido.

- Hugo Kramer- dije, recibiendo una mirada como respuesta, que sugería que acababa de decir lo más estúpido del mundo. La secretaria de nombre Brenda enarcó la ceja mientras especificaba:

- Matrícula

- Mi hijo es más que dígitos- farfullé enfurecida

- Estamos intentando ayudar

-709015- Brenda tecleó rápidamente y frente a mí se desplegó un mapa con luces blancas y una azul; Brenda la señaló.

- Ese es 709015, está en los límites de la ciudad- proferí un suspiro de alivio al ver que el chip aún emitía luz, lo cual significaba que Hugo aún no había desaparecido. La luz se movió unos centímetros, de pronto comenzó titilante, intermitente. Mis latidos comenzaron a desestabilizarse, la incertidumbre me invadió, y así como así, la luz se apagó. Le lancé una mirada de súplica a Brenda, “debe ser un error” pensé, “debe haber algo que puedas hacer”.

- Lo siento- dijo ella de manera tan indiferente que era desgarrador, apagó la pantalla, tecleó un par de datos y ni siquiera me miró.

- ¡¿Lo sientes?! No sientes nada, ni a ti, ni a nadie de esta maldita ciudad le importa un carajo mi hijo, ni los miles de millones de desaparecidos, porque para ustedes no son más que matrículas, datos que ingresar en una computadora, ¿Y si fuera tu hijo? ¿Estarías ahí sentada tan tranquila?

-Entiendo su dolor, pero hay al menos 360 casos iguales al suyo que debo atender, tan sólo en este mes, no hay nada que podamos hacer. Puede llenar este formulario para el protocolo de búsqueda.

- ¿Más estadísticas? ¿Protocolos? Este mundo está tan poco humanizado que no hay más que eso, que ya no hay ética. ¡Estamos desapareciendo! ¡Nadie hace nada! ¡A nadie le importa!

- ¿Ética? Señora, la ética es una formalidad, igual que la empatía, casi un mito hoy en día, si me lo pregunta. Usted no puede exigir algo que no da.

- A mí me duelen las desapariciones al igual que a miles de madres, incluso antes de Hugo.
- el semblante de la mujer, antes insípida, se transformó.

-Al menos eso dice, sin embargo, el dolor nunca fue real hasta hoy; nunca creyó que de verdad pasaría, y pasó. Y le explicaré por qué la ética es un chiste que no debería ser chiste. Porque es tan maleable, que basta con apartar la vista para moldearla a nuestra conveniencia. Que no la sentimos necesaria, hasta que su falta se ejerce contra nosotros. Normalizamos el sufrimiento y los comportamientos inmorales, hasta que la víctima vive bajo nuestro techo. Porque antes de eso, todo es justificable, siempre y cuando el mundo gire y la economía funcione. Pero ahora que tu mundo se ha detenido, te indigna que el resto siga girando, y está bien ¡El mundo no debería seguir girando ante semejante barbarie! Pero ¿Por qué nunca antes te habías detenido? – Me quedé callada, estupefacta y con un vacío en el pecho, ¿Es esto culpa? ¿Será que me veo identificada con la verdad de esta mujer? Las lágrimas ni siquiera podían salir de las cuencas. Brenda prosiguió- Es que eres igual de hipócrita que el resto de nosotros, es que los humanos somos irremediablemente egoístas, incapaces de sentir empatía, pues la única vez que nos sentimos humanizados es cuando vemos el “yo” en la otra persona, porque así somos, narcisistas. Con una tristeza fingida ante las tragedias mientras la vida toma su ciclo.

“Y es así como poco a poco perdemos algo de humanidad, y nos vamos convirtiendo en no más que números, cifras, estadísticas y matrículas- Brenda también estaba llorando en este punto- y ellos, Hugo, y miles más, son las víctimas de miles de victimarios, que somos nosotros, los corruptores de la ética, que siempre culpamos a alguien más, porque creemos que nuestras faltas no son lo suficientemente graves, porque ninguna de nuestras culpas es tan grande como para merecer lo que está pasando, al menos no las nuestras; pero contribuyen a una red de faltas más graves, faltas que toman a nuestros hijos como sus presas, y no nos los devuelven jamás. Entonces me pregunto ¿Por qué sólo exiges que la ética provenga de un tercero, y no en primera persona?”

Me quedé en silencio unos segundos antes de musitar entre llanto.

-Yo solo quiero a mi hijo de vuelta- Brenda se puso de pie y me señaló una puerta en la oficina.

-Bien, entonces sígame.

Entramos a una habitación con miles de luces en un mapa que abarcaba toda pared, que titilaban y se movían frenéticamente. Cada una de esas luces representaba a un habitante de Moncayo, viviendo su vida cotidianamente.

-Escoge una- dijo Brenda.

- ¿Para qué? -pregunté temerosa.

- Porque es un intercambio; solo tienes que elegir una matrícula al azar, y tú y tu hijo podrán irse. Deberán desconectar sus chips para siempre. Aún no es tarde. Hugo sigue en el límite de Moncayo, pero para que vuelva, uno de ellos debe desaparecer.

- ¿Y ellos quiénes son? ¿Tienen culpa alguna?

-Un hijo, quizás, un hermano, un padre, no lo sé. No sabes si tienen alguna culpa, pero es la vida de tu hijo a cambio de la de alguien más, un inocente, quizás- Lo iba a hacer sin más, como prometí, a toda costa, pero me detuve en reflexión.

- ¿Es esto ético? ¿Hasta dónde es justificable quebrantar la ética y la moral por amor? Si lo hago, otra madre pasará lo mismo que yo, y así sucesivamente, hasta formar una red de desaparecidos y tragedias. Los principios se vuelven borrosos y la moral incierta, ¿Todos tienen esta opción?

-Casi todos. Los que llegan a tiempo. Es por eso que es una pandemia; porque todos tenemos con qué justificar nuestras faltas, una razón válida para ser parcialmente inmoral bajo los términos adecuados. Somos corruptos y corruptibles, contribuimos a una cadena de faltas “justificables” que afectan a terceros y se vuelven cada vez más terribles, construyendo una red de corrupción e indiferencia, donde cada vez es más fácil infringir la ética, ocasionando que otros lo hagan también.

Analicé entre todas las luces: es la vida de mi hijo, contra la de miles que podrían seguir la cadena. Tomé una decisión. No sé si me arrepentiré toda mi vida, pero ante semejantes condiciones, la respuesta resultaba obvia.

JR